

Ya aquel la tenia abierta,  
Y afuera en salvo y alerta  
Viéndole ya, le llamó.

Calmóse, pues, como pudo  
Mejor, y al doctor llegando,  
Que esperaba frio y mudo,  
Le dijo, el ceño sañudo  
Cual supo desenarcando:

BARON. —Una palabra, doctor.

DOCTOR. —Pero sed breve.

BARON. —¿Estais hoy  
En vuestro juicio?

DOCTOR. —Lo estoy.

BARON. —¿Conque es cierto?

DOCTOR. —Como soy  
Hombre.

BARON. —¿Palabra?

DOCTOR. —De honor.

BARON. —¿Y es Rosa?

DOCTOR. —Lo que es: ni mas

Ni menos que lo que he dicho.

BARON. —¿Y ama á mi hijo?

DOCTOR. —Quizás

De sobra,

BARON. —¿Entónces?

DOCTOR. —¡Jamás!

BARON. —¿Mas si Rosa en su capricho

Se encastilla y se resiste  
A ceder, y temeraria  
En esa pasion persiste?

DOCTOR. — Entonces vivirá triste  
Y morirá solitaria.

BARON. — ¿Pero, y si en su amor mi hijo  
Vuelve mas que nunca fuerte?

DOCTOR. — Entonces tened por fijo  
Que entre su amor y la muerte  
Es la muerte lo que elijo.

BARON. — ¡Le matarais!

DOCTOR. — Parecer

Tomaré; mas de razones  
Basta; si él se obstina en ser

Marido de tal muger,  
La muerte va á sus talones.

BARON. — ¡Tanto le odiais!

DOCTOR. — ¡Pesiamí!

¿Quereis que os declare aquí  
Por qué á vuestro hijo nuestro  
Tanta repugnancia?

BARON. — Sí.

DOCTOR. — Pues bien por ser hijo vuestro.

Dijo el doctor, y la mano  
Teniendo en la aldaba puesta,  
Cerró la puerta de plano  
Sobre el viejo castellano,  
Y empezó á bajar la cuesta.

## III.

En tanto que de la terre  
Bajar al doctor dejamos,  
A Rosa y á Inés oigamos;  
Mas porque el lector se ahorre

El sonsonete prolijo  
Y tenaz repeticion  
De "dijo este" "aquella dijo,"  
En esta conversacion

El método seguiremos  
De nuestras dos anteriores,  
Y á sus interlocutores  
A la márgen nombraremos.

El método no es á fé,  
Ni nuevo, ni original;  
Mas para método tal  
Tenemos nuestro por qué.

Rosa sobre un almohadon,  
Levantada la arabesca  
Celosía, el áura fresca  
Goza sentada al balcon.

Inés á su lado puesta  
Sigue una plática viva  
Con Rosa, la cual la esquivava  
Por inútil ó molesta;

Y segun insiste Inés,  
Y segun resiste Rosa,  
La cuestion es sobre cosa  
De muchísimo interés.

Grave Inés, casi severa,  
Rosa altiva, casi airada,  
En la plática trabada,  
Decian de esta manera:

ROSA. —No vayas, por Dios, Inés,  
Con tal discurso mas léjos:  
Contra el amor no hay consejos,  
Yo amo: déjame pués.

INES. —Pues ya que tu obstinacion,  
No haya consejo que venza,  
Al menos que te convenza  
El poder de la razon.

ROSA. Dos años há que no escribe,  
Conque ó es muerto ó te olvida.  
—Mientras dura en mí la vida,  
El me ama y él me vive.

INES.

—Mira, pues, cómo me esplicas  
El silencio en que se cierra;  
Vivo, desde cualquier tierra  
Supieras de él.

ROSA.

—Mortificas

Tu ingenio en vano, y tus pruebas  
No prueban nada; sé yo  
Que el doctor las recibió,  
Aunque de él no me dais nuevas.

INES.

—Mas contra el mismo doctor  
¿Por qué tan tenáz porfias?

ROSA.

—Esas son razones mías.

INES.

—Son excesos de tu amor.

ROSA.

—Que acabarán por vencer.

INES.

—Que no tienen fundamento.

ROSA.

—El amor.

INES.

—Es como el viento.

ROSA.

—Tiene el viento gran poder.

INES.

—¿Y en el viento, Rosa mía,  
Vas á fundar tu esperanza?

ROSA.

—Son razones que no alcanza  
Tu razon austera y fria.

INES. —

No las hay con que me arguyas;  
Son delirios de tu amor:

Si las tuviera el doctor  
¿No me diera nuevas tuyas?

Cuatro años há que partió  
Y escribió solo el primero.  
¿Sabes, Rosa, lo que infiero  
De los cabos que ato yo?

Su padre le envió á la guerra  
De Italia, porque sabia  
Lo que contra amor podia  
El tiempo en aquella tierra.

Tú figurarte no puedes  
Aquel cielo azul, sereno,  
Que cobija un sueño lleno  
Para las almas, de redes.

Rosa, no enemigos quiso  
Su padre enviarle á matar,  
Sinó su amor á dejar  
Muerto en aquel paraíso.

Su padre, de connivencia  
Con el doctor, le envió allí  
A que te olvidara á tí:  
Porque tienen la experiencia

Que dan los años, y saben  
Que no existe en este mundo

Amor tan fiel y profundo  
Que ausencia y tiempo no acaben.

Y la consecuencia ves:  
El primer año guardó  
Puro tu amor, y escribió:  
Entibiósele despues,

O pudo tal vez morir  
De la guerra en un azar  
Cuando no volvió á escribir.

ROSA.

—No te tienes que cansar:

Contra mi fé no hay razon,  
Contra mi amor no hay poder:  
Es la esencia de mi ser,  
La fé de mi corazon.

El juró que volveria  
Al salir de su tutela.

INES.

—Hoy sale y el dia vuela.

ROSA.

—Aun no ha concluido el dia.

INES.

—Ya anochece.

ROSA.

—No en mi alma  
Dó mi amor arde constante;  
Y cuya antorcha brillante  
Su centro ilumina en calma.

Cárlos vive, pues yo vivo,

INES.

Volverá, pues yo le espero,  
—¿Tu amor, Rosa, es tan entero?

ROSA.

—Único, eterno, exclusivo.

El fuego de esta pasion  
La torpeza no oscurece,  
Inés, mi amor esclarece  
Celestial intuicion.

Para juzgar ni creer  
No ha menester los sentidos:  
Sin ojos y sin oidos  
Sabe oir y sabe ver.

No ha menester fundamento  
Buscar en causa ó razon,  
Que la fé del corazon  
Le dá perenne alimento.

Mi amor es la llama pura  
Que el Criador hizo arder  
En el hombre y la muger  
Al formar la criatura.

No es esa torpe pasion  
Que *amor* la sociedad llama,  
Y cuyo fuego no inflama  
La esencia del corazon;

No es esa pasión mortal  
Que se extingue y satisface,  
Sinó es otro amor que nace  
Sin apetito carnal.

Es ese otro amor divino  
Que dá algunos seres Dios,  
Identificando á dos  
Con solo un sér y un destino.

Estos dos seres se encuentran  
Sin buscarse, se adivinan;  
Uno de otro se avecinan,  
Y uno en otro se concentran.

Ni el tiempo ni la distancia  
A estos dos seres desune,  
Que do quiera los reúne  
En solo un sér su constancia.

Y aunque vivan divididos  
Desde la cuna á la huesa,  
Van de allí con su fé ilesa  
A la eternidad unidos.

Este es amor verdadero;  
Este el que mi alma atesora;  
No me preguntes ahora  
En qué fio ni en qué espero.

Cárlos y yo con tal fé  
Nos amamos, y este lazo  
No le rompe ningun plazo:  
Venga ó no, le esperaré.

Calló Rosa y calló Inés,  
Sabiendo que no hay razon  
Que convenza á una pasión:  
Y la de Rosa lo es.

Y como para ayudar  
A la pasión contra el juicio,  
Y no dejarle resquicio  
Por dó al alma penetrar,

Por el estrecho sendero  
Que fuera del valle guía,  
Vieron que apriesa venía  
Y á caballo un forastero.

La luna que ya platea  
El azul del horizonte,  
Y la brisa que del monte  
Baja errante y juguetea,

Las hicieron á la par  
Ver de lejos su figura  
Y sentir de su montura  
El sonoro galopar.

Asaltó el alma de Rosa  
Un leal presentimiento,  
Y alzóse Inés de su asiento  
Del que llega recelosa.

“Quitémonos del balcon,”  
Dijo Inés: mas como quieta  
Continuó Rosa, sujeta  
Al poder de su atencion,

Una absorta y otra incierta  
De lo que hacer convendría,  
Dejaron al que venía  
Llegar á la misma puerta.

Y un poco bajo el balcon  
Y el corcel de mucha alzada,  
No era ya la retirada  
De fácil ejecucion.

Puesto que él que las ha visto  
En los estribos alzado,  
Las ha un paquete arrojado  
Caso de ambas imprevisto.

Cierto él de que recibió  
Rosa en la falda su ofrenda,  
Volvió al caballo la rienda,  
Y á galope se alejó.

ROSA. —Enciende una luz, Inés,  
INES. —Entregar fuera mejor  
Ese paquete al doctor.  
ROSA. Cuando vea yo lo que es.  
INES. Mira, Rosa. . . .

ROSA. —Basta ya:  
Pues á mí se dirigió  
Es para mí: antes que yo  
Ningun otro lo verá.

Fuése por la altanería  
De su tono avasallada,  
O á obedecer obligada,  
Encendió Inés la bujía;

Y abriendo Rosa el paquete,  
Halló en él una preciosa  
Cajita de palo rosa  
Y un perfumado billete.

Roja y trémula de amor,  
Llegándose á la bujía,  
Leyó el papel que venía  
Escrito en este tenor:

“Un amor y una palabra  
No mas, Rosa mia, tengo:  
Hoy ésta á cumplirte vengo  
Y á ratificarte aquel.

Yo soy uno de esos seres  
Que solo un amor conciben:  
Con él nacen, con él viven,  
Y se sepultan con él.

“Por tí mi padre se opone,  
Por tí yo pierdo mi herencia,  
Porque un día la indigencia  
No se asiente á nuestro hogar,  
A la par de un gran maestro  
Aprendí y profesó un arte  
Que nos pueda en cualquier parte  
Pan é independencia dar.

“Adjunta va en esa caja  
De mi saber una muestra:  
Pasó por obra maestra  
Do quiera que la mostré:  
Por obra la dan del génio  
Y del arte por hechizo:  
Mas ¡oh Rosa! quien la hizo  
No fué el génio, el amor fué.

“Hombre de arte, ó caballero,  
Seré siempre esclavo tuyo:  
Yo mi dueño te instituyo;  
Tus mandatos cumpliré.  
Esta noche, como hace años,

Me dirás por la ventana  
Si aun me amas, y mañana  
Al doctor te pediré.

“Trás de mí en Italia y Francia.  
Dejo un nombre ya famoso:  
Mas si juzgas mas honroso  
El servicio de algun rey,  
En dos córtes á altos cargos  
Puedo optar; ve lo que eliges:  
Tú gobiernas, tú diriges:  
Tus caprichos son mi ley.

“Nuestros padres de consuno  
Llevan mal el amor nuestro:  
El doctor, mas que yo diestro,  
Se ha interpuesto entre los dos,  
Y sin cartas uno de otro  
Por cuatro años estuvimos;  
Mas si me amas, pues vivimos,  
Fia en mí que fio en Dios.”

Leyó Rosa, y el billete  
Dejando sobre la mesa,  
Curiosa á abrir se dió priesa  
La cajita del paquete.

Entre felpa acomodada  
De labor maravillosa,

Halló de plata una rosa  
En su capullo cerrada.

Por el tallo la tomó  
Para bien examinarla,  
Y de la caja al sacarla  
Todas sus hojas abrió;

Y en su centro colocada  
Apareció una figura,  
Microscópica escultura  
Con gran primor cincelada.

De sorpresa exhaló un grito  
Rosa, y alzando en su diestra  
Aquella prueba maestra  
De arte y trabajo infinito,

Púsola de la luz junto,  
Y al mirarla con cuidado,  
En el metal cincelado  
Reconoció su trasunto.

Era otra Rosa, otra ella:  
Una estatueta preciosa  
De labor tan primorosa,  
Tan diminuta y tan bella,

Que el caprichoso juguete  
Hiciera honor á la mano

De Arfe y de Alonso Cano,  
De Cellini y Berruguete.

Ante maravilla tal  
Absortas por la atencion,  
Con igual admiracion  
Y con complacencia igual,

Rosa é Inés larga pieza  
Estuvieron contemplando,  
Y extasiadas admirando  
Obra de tanta belleza;

Y aun la examinaban mudas  
Con sorpresa y con amor,  
Cuando á la puerta el doctor  
Dió dos aldabadas rudas.

“¡El doctor!” exclamó Inés  
Aterrada: “¿Y qué?” serena  
Dijo Rosa.—“¿A casa ajena  
Viene acaso? Ábrele pues.”

Fué Inés á abrir al doctor,  
Y Rosa ante la bujía  
Siguió absorta todavía  
Ante su carta y su flor.

Un cuarto de hora después  
Frente á frente en su sillón  
Cada cual, y del salón  
Mandada salir Inés,

Rosa y el doctor á solas  
La escultura contemplaban,  
Y de su emoción saltaban  
Hasta su rostro las olas.

Mal asentado el doctor  
En su poltrona de cuero,  
Su sér absorbía entero  
El exámen de la flor.

Mirábala con un lente  
De grande fuerza y aumento,  
Y en cada nuevo accidente  
Digno de encarecimiento

Que en su trabajo encontraba,  
Su labio se contraía,  
Su entrecejo se fruncía,  
Su pupila centelleaba.

Pálida de incertidumbre  
Miraba Rosa su fáz,  
De penetrar incapáz  
Su gozo ó su pesadumbre;

Pues aunque el doctor semeja  
Ceder á ingrata emoción,  
No es la primera ocasión  
En que el arco de su ceja

Con las nubes de su ceño  
Su mirada al entoldar,  
Le sirvió para ocultar  
Un pensamiento halagüeño.

Los suyos Rosa á esconder  
Ménos que el viejo avezada,  
Muestra en sus ojos tomada  
Su resolución tener;

Y aunque callada y modesta  
Aguarda que hable el doctor,  
Libre aguarda de temor  
Y á dar su opinión dispuesta.

Pálida, pero tranquila,  
Está al doctor contemplando,  
Sus facciones devorando  
Con avarienta pupila.

La flor al fin con gran tiento,  
Como hombre que su valor  
Conoce, puso el doctor  
En la mesa: y un momento

Fijando en su compañera  
Su mirada luminosa,  
La conversacion con Rosa  
Entabló de esta manera:

DOCTOR. —Don Cárlos dice en su carta  
Que esta flor es obra suya.

ROSA. —Y yo confío en que arguya  
En su favor.

DOCTOR. —Prueba es harta

Para abrir á quien la hizo  
El alcázar del favor:  
Quien la niegue un gran valor  
Será descontentadizo.

ROSA. —Pues ya veis que es una ofrenda  
Que me hace.

DOCTOR. —Antes que la admitas,  
Reflecionar necesitas  
Si es admisible tal prenda.

ROSA. —¿Por qué?

DOCTOR. —Porque puede hacer  
Inmortal al escultor,  
Y no debe sin su amor  
Aceptarla una muger.

ROSA. —No fuera ni generoso,  
Ni amante si diera menos.

DOCTOR. —Sus proceder es buenos:  
Mas puede ser mentiroso.

ROSA. —Es muy noble para eso.

DOCTOR. —¿Quién de apariencias se fia?

ROSA. —Fiad vos en la fé mia.

DOCTOR. ¿Con que le amas?

ROSA. —Con exceso;

Y os lo debo de advertir,  
Doctor: está mi pasion  
Tan honda en mi corazon  
Que con ella he de morir.

DOCTOR. —Y que mueras valdrá mas  
Que no que yo te envilezca,  
Dando á quien no te merezca  
Tu noble mano jamás.

ROSA. —Inquirirlo os toca á vos:  
Yo, si le encontráis indigno,  
A ser muerta me resigno;  
O esposa suya, ó de Dios.

DOCTOR. —Pues fia en mí.

ROSA. —Y en él fio  
Que nunca mi corazon  
Dará en vil inclinacion.

DOCTOR. —No, mientras que lata el mio.

Flor que la escarcha no arruga  
Y abril de miel llena deja,  
Su cáliz abre á la abeja,  
Mas se le niega á la oruga;

Rosa, yo te cultivé,  
Y escucha bien mis palabras:  
Antes que á la oruga te abras,  
Del tallo te cortaré.

ROSA. —Vuestra soy.

DOCTOR. —Basta: á otra cosa,  
Y que se cumplan dejemos  
De Dios los juicios supremos.  
Guarda esa escultura, Rosa,

Y que nos sirvan la cena.

ROSA. —¿Puedo ya tener por mía  
Esta flor?

DOCTOR. —No todavía:  
Mas tenla por prenda buena.

## IV.

Con el són de las áuras rumorosa,  
Con el oréo de su aliento fresca,  
Con la luna en su lleno iluminada,  
Con el primer olor de las violetas  
Tempranas perfumada, magestuosa  
Con la sublimidad que dá á las selvas  
El solemne silencio que produce  
Del hombre inquieto y de su voz la ausencia,  
Límpida, nacarada, transparente,  
Era una noche azul de primavera,  
De esas que rivalizan con el día,  
Menos fúlgidas que él, pero mas bellas.  
Era una de esas noches deliciosas,  
De paz, de amor y de misterio llenas,  
Que echan sobre la hermosa Andalucía,  
No el lóbrego capúz de las tinieblas,  
Sinó la gasa azul del aire diáfano  
Que sobre sus provincias se despliega,  
Cual sobre su dormida favorita  
Del Berberisco Amir la blanca tienda.  
De la nocturna calma bajo el peso,  
Y á la templada claridad serena  
Que el estrellado firmamento radia,  
Muda reposa la dormida tierra.  
El húmedo rocío que en los árboles,  
Las flores y los céspedes comienza  
A congelar sus gotas cristalinas